

CONFUSIÓN ENTRE TRADICIÓN E IDENTIDAD: LA ABLACIÓN EN MALÍ

Rosa Regàs

Escritora, directora de la Biblioteca Nacional

Bamako es una ciudad de más de un millón y medio de habitantes, de amplias avenidas y plazas, donde a veces el francés sustituye el bambara, senufo, sarakole, dogon, peul, tamachaq y árabe que se hablan en Malí, este vasto territorio de 1.240.000 km² donde viven casi 14 millones de habitantes. El río Níger, el segundo de África en longitud y caudal, nace al este del país y suaviza la brutalidad de un clima extremadamente continental, con temperaturas que van de los 25 grados a los 60, alternando el verdor de un vergel con el desierto.

Es una ciudad de sorprendente y poderosa luz, tan viva como el inmenso y ruidoso mercado en que se han convertido sus calles donde se alternan edificios lujosos con la mayoría de casonas todavía de adobe. Miles de motos se entrecruzan jugándose la vida los conductores y amenazando la de los atareados aspirantes a mercader que, con bultos en la cabeza las mujeres y tirando de carritos los hombres, los esquivan para poder llegar a su objetivo: hombres y mujeres altos, de pieles brillantes y rostros majestuosos, cuellos de una esbeltez asombrosa y largas piernas. Una raza hermosa cuyas mujeres saben mantenerse elegantes en el vestir y fantasiosas en la forma de anudarse el pañuelo a la cabeza, aún en la más absoluta miseria. Sí, Bamako es una ciudad pobre, pero aún así, es una riqueza si la comparamos con la región de Ségou —a donde llegamos por una carretera tan recta como las líneas que trazaron los colonizadores para repartirse los territorios

de África— que se encuentra a unos doscientos kilómetros al nordeste y en cuyos poblados se desarrolla el proyecto de lucha contra la mutilación genital.

Durante cinco días recorrimos cientos de kilómetros hacia poblados del interior (Markala, Samafoula, Farazo, Baroueli, Cavacú), salpicado siempre el paisaje con esas construcciones en forma de dado sin ventanas, de ladrillos de adobe revocadas con el barro arcilloso de sus tierras tostadas, que forman los poblados de Malí, para conocer los programas de la Cruz Roja para prevenir la mutilación genital e informar sobre sus males a las mujeres y hombres de los poblados.

Una práctica que afecta al 92% de las mujeres del país, y que no consiste sólo en la ablación del clítoris sino que puede suponer también la mutilación de los labios interiores y en la mayoría de los casos la de los exteriores que se cosen dejando un breve orificio (infibulación). Las consecuencias son infinitas, espantosas y duran toda la vida: infecciones, dificultad y terribles dolores en la penetración sexual, fístulas recto vaginales, hemorragias, incontinencia urinaria, retención de sangre y orina, impedimentos de dilatación en el parto y muchas veces muerte de la mutilada durante la práctica y del bebé y la madre en el parto. Porque las condiciones higiénicas con las que la mutiladora actúa son nulas como nulas son la de sus gilletes de afeitar, cuchillos y tijeras que lo mismo pueden transmitir el SIDA que cualquier infección difícilmente curable. La mutiladora de Samafoula nos mostró ella misma ante nuestros asustados ojos, el lugar sucio y polvoriento donde se situaban las niñas en una choza con el mismo suelo de tierra batida del poblado.

La mutilación genital no figura en las normas o mandatos de ninguna religión ya que es muy anterior al cristianismo y al islamismo, pero tiene sus raíces en una extraña y oscurantista confusión extendida en África, como también en la civilizada Europa, que nos hace confundir tradición con identidad, aferrándonos a ella por más que conozcamos sus funestas consecuencias en la salud, la moral,

la cultura y el progreso. Una tradición que en la estructura familiar y comunitaria de los pueblos de Malí supone una posición muchas veces irreductible por parte de abuelas, madres, padres, vecinos y jefes de poblado que no ven la relación entre la práctica y los peligros y sufrimientos que acosan a la mujer durante toda su vida por una absurda y cruel mutilación que no parece tener más objeto que salvaguardar la virginidad de las doncellas hasta el día de su boda, en que, a veces, la misma mutiladora amplía la abertura para permitir el acto sexual.

Las animaciones que las voluntarias de la Cruz Roja maliense llevan a cabo, previo convencimiento del jefe de la aldea, ante un público de mujeres engalanadas con sus hermosos vestidos multicolores, hombres y niños, son distintas y responden a las características y la resistencia o aceptación de cada poblado. Es emocionante ver la delicadeza y al mismo tiempo el convencimiento con que hablan y actúan, porque no es tarea fácil romper el tabú que impide hablar de cuestiones genitales y sexuales. A veces, como en el bosque que rodea el Centro de Salud de Barawli, es una representación de mujeres, niñas con su mutiladora, el jefe de la aldea y el Imán, con diálogos que mantienen la expectación y provocan risas nerviosas o expresiones azoradas. Otras veces, como en Farzo o Marka-la las voluntarias hablan de la relación entre la mutilación de la anatomía real y los sufrimientos que provocan en las mujeres. En la escuela de enfermería Vicenta María de Ségou, ante un curso de unas sesenta alumnas, Sogona la coordinadora del proyecto, en una gloriosa intervención que nos dejó maravillados, se ayudó con una maqueta de madera para mostrar las partes del órgano genital femenino. Siempre hay sorpresa, angustia, terror en los grandes ojos de las oyentes y a veces también lágrimas, porque no se trata de juzgar los comportamientos y la tradición, sino sólo de mostrar las consecuencias de la mutilación para que sean ellas mismas las que vayan tomando conciencia del propio cuerpo. Si antes no eran capaces de entender que los males que sufrían eran una consecuencia de la ablación, ahora apenas pueden creer lo que oyen: mutiladas desde la más tierna in-

fancia, comprenden finalmente que su anatomía no es real y que lo que sufren no es por la voluntad de los espíritus o de Dios, sino por la de su propia familia, por la de ellas mismas en el caso de sus hijas, ignorantes todas de las terribles consecuencias que tiene la ablación.

En las reuniones cada mujer cuenta su aterradora experiencia, y todas insisten en que hay que trabajar para que el mensaje llegue a los poblados aunque saben que comportamientos tan arraigados no se cambian de un día a otro. Mujeres con coraje que no se avergüenzan de hablar aún delante del jefe de la aldea y de un Imán vestido con una impoluta chilaba azul celeste que sin defender la mutilación, no la condena. Tampoco la condena la Iglesia Católica que en Malí cuenta con el 5% de la población.

Y cuando al final de la semana embarcamos rumbo a España, cargados de conocimientos, dolorosas biografías, información exhaustiva, no podemos dejar de emocionarnos intensamente al ver la profunda y desinteresada labor de los voluntarios de la Cruz Roja. Porque nos damos cuenta de que en este mundo insolidario al que volvemos, no seríamos capaces de trabajar con tal pasión y ahínco sabiendo como saben ellos que los resultados se harán esperar pero que no hay otro modo de luchar contra la ignorancia y la superstición enraizadas en el corazón de los pueblos.

Madrid, abril 2007